(20

EL CLAVO DE LOS MARIDOS.

PIEZA CÓMICA EN UN ACTO,

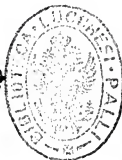
ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. MANUEL GARCIA GONZALEZ.

Estrenada en el teatro de Novedades en el mes de Marzo de 1859.







MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

PERSONAJES.	ACTORES.
OLIMPIA, mujer de Juanito........	SRA. SCAPA.
CARLOTA, criada................	STA. SABATER.
JUANITO, escribano..............	SR. ALBALAT.
D. MARCOS......................	SR. HERNANDEZ.
TORIBIO, criado.................	SR. ALISEDO.

La escena en Madrid, en casa de Olimpia.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa un salon. Puertas laterales: puerta al fondo que conduce al exterior: una mesa de escritorio á la derecha: al fondo un retrato de hombre con gafas y corbata blanca.

ESCENA PRIMERA.

CARLOTA, despues D. MARCOS.

CAR. (Sola, quitando el polvo á los muebles, despues mirando el retrato.) ¡Digan lo que quieran, el primer marido de la señora era todo un buen mozo!... Yo no puedo mirarlo sin reirme... ¡Pobre don Inocencio!.. Cuando pienso que en este momento su viuda está en la vicaria... contrayendo matrimonio con otro... ¡Jesus!... ¡Qué mundo este!... (Mirando al retrato.) Anda, no hay cuidado, pronto te descolgarán...

ESCENA II.

CARLOTA, D. MARCOS.

MAR. (Entrando por el fondo.) El señor don Juan Espinazo, ¿está en casa? ¡Vamos, pronto, que estoy de prisa!.

CAR. Ha salido.

MAR. ¡Ya me lo figuraba yo! ¿Y por qué ha salido? ¡Un escribano no debe de salir nunca!

CAR. Ha ido á casarse.
MAR. ¿Á casarse? ¡Imbécil!
CAR. ¿Eh?
MAR. ¿Á qué hora se casa?
CAR. Á las doce.
MAR. Está bien, volveré á las doce y cuarto. (Yéndose.) ¡Abur! (Vase.)
CAR. Abur. ¡Vaya un hombre original!

ESCENA III.

CARLOTA, TORIBIO.

TOR. (Entrando por la derecha, segundo término, y bostezando.) ¡Ah!... ¡Qué bien he durmidu!
CAR. (Ap.) Toribio... el criado del primer marido... (Alto.) ¿Le parece á usted hora de levantarse á las once del dia?
TOR. ¿Á usted qué le importa?... ¿Está listu mi chocolate?
CAR. ¡Qué sé yo! ¡No soy la cocinera! ¡Vaya un gandul! ¿Cree usted que vá á continuar siempre como hasta aqui?
TOR. ¿El qué?
CAR. ¿No haciendo mas que comer... cinco ó seis veces al dia?...
TOR. ¡Señurita Carlota!
CAR. Bajo pretexto de que servia usted al difunto, la señora no ha querido despedirle. Usted le habla de él, usted le cuenta tontunas, y la hace llorar.
TOR. ¡Ay, si! nosotrus nos enternecemus juntos, la señora y yo, y lloriqueamus á mocu tendido, al hablar de don Inocenciu.
CAR. Lo que no impide que luego se burle usted de él.
TOR. ¡Yo! ¡Dios me libre!
CAR. Aqui entre nosotros... parece que el difunto era algo arrimado á la cola.
TOR. Era un animal. (De pronto.) Diju...
CAR. Vamos, la señora no está ahí.
TOR. ¡Es verdad!... Entre nosotros... no solo era un animal... sino que era avaro, hipócrita, testarudo...
CAR. ¡Y lo está usted llorando todo el dia!...
TOR. ¿Qué quieres? ¡Es mi posicion! Me dejó encomendado al morir que me quedara al lado de su mujer para ha-

blarle siempre de él, y alabar las virtudes que non tenia...

CAR. ¡Si, si, no es mal oficio!

TOR. ¡Es una canongia, Carlota!

CAR. ¡Pero le prevengo á usted que no durará mucho tiempo la breva!

TOR. ¿Y por qué?

CAR. Porque la señora se casa hoy, probablemente con la intencion de que el segundo marido le haga olvidar el primero.

TOR. ¡Olvidarle! ¡Jamás!

CAR. (Señalando al retrato.) ¿Si? pues yo le digo á usted que no pasan veinticuatro horas sin que lo descuelguen.

TOR. ¡Descolgar á don Inocenciu! ¡Usted nou conoce á la señora!

CAR. Allá veremos.

ESCENA IV.

TORIBIO, CARLOTA, JUANITO, OLIMPIA, en traje de casada, CONVIDADOS. Juanito entra dando la mano á Olimpia; detrás vienen los convidados.

JUAN. (Á los convidados.) Gracias, amigos mios, gracias por haberos dignado asistir á mi casamiento... (Á Olimpia.) porque ya no hay que desdecirse... ¡la cosa está hecha!

OLIMP. (Suspirando.) ¡Ay!

TOR. (Id.) ¡Ay!

JUAN. ¿Qué?... (Á los convidados.) Siento no poder ofreceros una comida de boda... ni un baile...

OLIMP. ¡Oh, no! ¡baile no!

TOR. ¡Baile no!

JUAN. (Ap. mirando á Toribio.) ¿Quién le mandará á ese avestruz meterse en lo que no le importa?

OLIMP. En mi posicion, todo lo que hubiera podido parecerse á una fiesta, hubiese sido una locura... ¡por no decir un remordimiento!

JUAN. ¡Un remordimiento!

TOR. ¡Un gran remordimiento!

JUAN. (Ap.) ¡Á que le doy un puntapié á ese animal!

OLIMP. (Saludando á los convidados.) Señores...

CONV. Señora... (Van saliendo por el fondo. Olimpia váse por la izquierda. Toribio y Carlota por la derecha.)

ESCENA V.

JUANITO solo.

Pues señor, vamos á cuentas. Héme aqui casado. Recapitulemos. Hace quince dias era un simple pasante en casa del difunto don Inocencio... escribano sin causas... muerto hace dos meses. Me hallaba solo, encerrado en mi estudio... cuando de pronto llaman á la puerta y veo entrar á un caballero, pariente del difunto, el cual, despues de muchos circunloquios, me declara que yo le habia inspirado interés á la viuda. En fin, me propone su mano, y la escribania con ella. ¡Cielos! dije yo: ¡será posible! Ahora mismo voy á arrojarme á sus pies, á decirla que la amo, que la adoro... —«Nada de enamorarla. Es la voluntad de la señorita Olimpia—¡Olimpia! ¡bonito nombre!—que no haga usted demostracion alguna. Ella le conoce, usted la conviene, y no la verá hasta el dia de la celebracion.»—Esto me pareció algo raro... ¡pero cómo habia de negarme . una mujer encantadora!... ¡una escribania magnífica!... ¡una casa deliciosa... amueblada perfectamente!... (Viendo el retrato.) ¡Calla! es mi antecesor... Se me figura que no estará mucho tiempo en ese sitio.

ESCENA VI.

JUANITO, TORIBIO. Toribio entra limpiando un frac de hechura antigua.

JUAN. (Reparando en él.) ¡Hola! es el imbécil de Toribio. (A Toribio.) Y bien, ¿qué haces ahí? ¿Qué me quieres?

TOR. Yo non quiero nada de usted, señor... estoy limpiandu el fraque de mi amu.

JUAN. ¿Cómo el fraque? cuando hace un siglo que tu amo murió...

TOR. ¡Non para mí... non para mí!...

JUAN. (Ap.) ¡Habrá bestia! (Alto.) Explícate.

TOR. La señora me ha dicho: «Tú continuarás sirviéndole.»

JUAN. (Ap.) ¿Qué dice?

TOR. Asi es que todas las mañanas limpio sus vestidos, dóile betun á sus botas, le subo el ajua caliente para la bar-

bu... absolutamente como si no hubiera muerto... nada ha cambiado... nada.

JUAN. (Ap.) ¡Diablo! Esto es mas sério.

TOR. Le preparo su vaso de ajua azucarada por la noche, y me lo bebu por la mañana.

JUAN. ¡Ah!

TOR. ¡Es un amu tan buenu .. nunca me riñe!

JUAN. Pero ese vaso de agua póstuma... ¿para quién es?

TOR. Para su sombra, señor; nosotrus tenemus la religion de los recuerdus... Me subió el salario, señor... su último suspiru fué para aumentarme el salariu... (Llora.)

JUAN. (Ap.) Vamos, este criado me carga. (Alto.) ¿Quieres hacerme un favor?

TOR. ¿Cuál?

JUAN El de llevarte á tu amo á cuestas é irte á llorar con él á la bohardilla.

TOR. ¡Don Inocenciu á la bohardilla! Jamás.

JUAN. ¡Hola! ¿no? Pues yo te lo mando.

TOR. (Con mucha calma.) Voy á encenderle la chimenea. (Vá á la puerta de la izquierda y llama.) ¿Se puede entrar, señor?

JUAN. ¡Pero, animal, si ha muerto!

TOR. Non para mí... Ademas, yo tenia la costumbre de llamar, y llamo. Aqui nada ha cambiadu. (Entra á la derecha, llevándose el frac.)

ESCENA VII.

JUANITO, CARLOTA.

JUAN. (Solo) ¡Cuando digo que ese animal me carga! ¡Pues hombre, no faltaba otra cosa! Ahora mismo voy á decirle á mi mujer que lo plante en el arroyo. (Sube á la puerta de la izquierda.)

CAR. (Apareciendo á la puerta de la izquierda.) ¡No se entra!

JUAN. ¡Cómo!

CAR. Esta es la alcoba de la señora.

JUAN. Pues bien, me parece que...

CAR. (Señalando otra puerta.) Aquella es la de usted.

JUAN. Pero, señor, ¿qué es esto? ¿Me quieren ustedes volver loco entre todos?

CAR. Ahí viene la señora.

JUAN. Déjanos solos... necesito hablarla. (Váse Carlota por el fondo.)

ESCENA VIII.

JUANITO, OLIMPIA.

OLIMP. (Aparece á la izquierda: ha dejado su vestido de boda y se ha puesto uno de color: trae una canastilla de labor en la mano. Pensativa y á sí misma.) ¿Habré hecho bien en casarme con este muchacho? Lo porvenir me lo dirá.

JUAN. (Ap.) No me ha visto. (Alto.) ¡Mi querida Olimpia!

OLIMP. (Con indiferencia.) ¡Ah! ¿es usted?—Buenos dias.

JUAN. (Ap.) ¡Qué guapa es! (Alto.) Queria rogarte... (Movimiento de Olimpia.) digo, rogar á usted... ¡Calla! ¿Se ha quitado usted el vestido de boda?

OLIMP. Si.

JUAN. ¿Y por qué? Me parece, señora, que ese color es algo sombrío para las circunstancias.

OLIMP. ¿Qué quiere usted? Una viuda ..

JUAN. ¿Viuda?... Pero ya no lo es usted. Digo... se me figura que ya no lo será usted. (Rie.)

OLIMP. (Severamente.) Caballero, no me gustan las chanzas de mal gusto.

JUAN. Perdone usted, señora. (Ap.) ¡Qué mujer tan rara! (Alto.) No se enfade usted, querida Olimpia...

OLIMP. Tenga usted la bondad de llamarme la señora de Rioseco .. (Señalando al cuadro.)

JUAN. ¡Ah! Permítame usted... la llamaré la señora de Espinazo... puesto que nos hemos casado.

OLIMP. (Negligentemente.) ¡Ah! si... es verdad... lo habia olvidado.

JUAN. Me permitirá usted la recuerde que el señor cura acaba de echarnos la bendicion.

OLIMP. (Con severidad.) Lo sé, y le suplico no me lo vuelva á recordar.

JUAN. (Ap.) Pues, señor, estamos frescos. (Alto.) No volveré á decirlo... será la última... Lo juro sobre esta mano, esta mano tan linda... (Toma la mano de Olimpia y quiere besarla.)

OLIMP. (Rechazándole vivamente.) ¡Quiere usted concluir! No me gustan esas libertades.

JUAN. ¡Esas libertades!... permítame usted...

OLIMP. ¡No le dá á usted vergüenza!... (Señalando al retrato.) De-

lante de su retrato! ¡Ante sus ojos!

JUAN. Es verdad. (Ap.) Está visto: hoy mismo quito de ahí ese espantajo. No quiero que seamos un matrimonio á tres: Don Inocencio y compañia... (Ofreciendo su brazo á Olimpia.) Si le parece á usted que pasemos á otra habitacion...

OLIMP. ¡Jamás!

JUAN. ¡Cómo jamás!

OLIMP. Vamos á ver, ¿qué pretende usted, caballero?

JUAN. ¿Yo?... Nada, señora, no pretendo nada... pero creo, si no estoy mal informado, que nos hemos casado en toda regla, lo que se llama en toda regla, hace un cuarto de hora, ante el cura y los testigos...

OLIMP. Bien. ¿Y qué?

JUAN. ¿Y qué? Si usted quiere que la repita...

OLIMP. Señor... Espinazo, veo que no comprende usted bien nuestra recíproca posicion... Tenemos que hablar..... Siéntese usted. (Se sienta á la izquierda.)

JUAN. Sentémonos. (Toma una silla y se coloca muy cerca de Olimpia.)

OLIMP. No tan cerca.

JUAN. ¡Ah! (Ap., separando su silla.) ¿Para qué me habré yo casado hace un cuarto de hora?

OLIMP. Seré franca, caballero... amo apasionadamente á mi marido...

JUAN. (Levantándose y muy deprisa.) ¡Ah mi querida Olimpia!... Esa dulcísima palabra... Crea usted que por mi parte...

OLIMP. (Con mucha frialdad.) No se trata de usted, hablo de mi Inocencio.

JUAN. ¡Ah! Usted perdone... yo creia... (Ap.) ¿Para qué me habré yo casado hace un cuarto de hora?...

OLIMP. ¿Conoció usted á ese hombre notable, no es cierto?

JUAN. ¡Oh! ¡notable!... (Ap.) por su estupidez.

OLIMP. ¡Si usted hubiese podido, como yo, leer en el alma de mi Inocencio!

JUAN. Confieso á usted, señora, que nunca tuve ocasion de entregarme á esa especie de lectura... en el alma de mi principal.

OLIMP. Era bueno, generoso, sóbrio, económico...

JUAN. ¡Mucho!... ¡muy económico!... (para mí.)

OLIMP. (Continuando.) ¡Haré que lea usted las cartas que me escribia antes de nuestro casamiento; verá usted qué fiel era! ¡qué amante! ¡qué tierno!... ¡ah! ¡tierno! ¡si usted

supiese!...

JUAN. ¡Basta! ¡basta! ¡No pido pormenores... lo único que puedo decir á usted, señora, es que no temo ninguna comparacion... ninguna! (Se levanta.)

OLIMP. (Levantándose.) ¡Caballero! ¡Una palabra no mas... He jurado no ser nunca de nadie... mas que de mi Inocencio!

JUAN. ¿Eh?

OLIMP. ¡De mi Inocencio! (Envia besos al retrato.)

JUAN. (Conteniéndose á duras penas.) ¡Señora... quiere usted hacerme el favor de concluir!

OLIMP. ¡No insista usted! ¡Es un juramento!

JUAN. ¡Lo siento mucho; pero nadie tiene derecho á coleccionar maridos por amor al arte! Cuando su señor pariente de usted me hizo el honor de pedirme mi mano, no me previno esa cláusula... platónica.

OLIMP. Hizo bien, porque usted no hubiera sin duda querido casarse...

JUAN. Yo no digo eso... pero generalmente no le gusta á uno entrar en una sociedad que no dá dividendos!

OLIMP. ¡Entonces me hubiera visto obligada á vender la escribania... hubiera tenido que dejar esta casa... llena con sus recuerdos!... renunciar á contemplar su despacho... su pluma, su tintero...

JUAN. (Ap.) Los avios de escribir.

OLIMP. ¡Renunciar á sentarme en su sillon!.. (Enterneciéndose.) ¡á mirarme en el espejo donde tenia costumbre de afeitarse!... ¡Oh! ¡eso era superior á mis fuerzas!... (De pronto, y variando de tono: con mucha calma.) Entonces pensé en usted.

JUAN. ¡Gracias!

OLIMP. Y me dije: un pasantillo... sin posicion .. sin fortuna.. ya encontré lo que buscaba.

JUAN. ¡Pero eso es inmoral!

OLIMP. Y despues, ¡no es un extraño!... ha conocido á mi Inocencio, ha vivido de sus beneficios...

JUAN. ¿Yo? Pues me parece que con seis duros al mes que me daba...

OLIMP. Por las noches, decia yo, podremos hablar de él... (Le coge del brazo) ¡Oh! ¿no es verdad que hablaremos de él?

JUAN. (Desprendiéndose.) ¡Vaya, vaya!...

OLIMP. Si lloro... tendré alguno que me comprenda, que enju-

gue mis lágrimas...

JUAN. Yo no soy pañuelo, señora.

OLIMP. ¡Oh! pero quiero que usted tenga una posicion honrosa... comerá usted á mi mesa, tendrá usted casa, comida.

JUAN. Y ropa limpia... Si yo hubiese sabido que lo que usted necesitaba no era un marido, sino un pañuelo... En fin, señora, todo eso es muy bonito; ¡pero yo no entro en esos cálculos... y quiero concluir de una vez!

OLIMP. ¿Qué quiere usted decir?

JUAN. La ley me concede derechos... y... (Vá á acercarse á Olimpia.)

OLIMP. ¡Derechos! ¡Se atreveria usted!...

JUAN. Pero me parece...

OLIMP. (Señalando al retrato con dignidad.) ¡Yo soy casada, caballero!!!

JUAN. ¡Bien! ¿y yo??? (Quiere acercarse.)

OLIMP. (Con dignidad.) ¡No se acerque usted, insensato! (Váse por la derecha al cuarto de D. Inocencio.)

ESCENA IX.

JUANITO solo, despues CARLOTA.

JUAN. (Dando paseos y muy agitado.) ¡Pues señor, estamos frescos! Quiere decir que no me he casado con una mujer, sino con una urna. Si yo pudiera destruir su memoria... haciéndolo pedazos... Ese hombre debe haber tenido vicios... Apuesto cualquier cosa á que engañaba á su mujer. Si yo pudiese descubrir...

CAR. (Entrando.) La señora pregunta...

JUAN. Carlota, ven acá.

CAR. ¿Señor?

JUAN. Necesito de tí... vas á ayudarme.

CAR. ¿Á qué?

JUAN. Á hacer que descuelguen al enemigo de mi reposo.

CAR. ¡Cómo!

JUAN. Diciendo por todas partes que te quiero seducir.

CAR. ¡Por supuesto! ¡Y me quedaré sin casar!

JUAN. ¿Quieres un marido? (Tomándole el talle.) Yo conozco uno sin empleo. (Quiere abrazarla.)

CAR. Vaya, déjeme usted en paz.

JUAN. Te prometo un gran regalo.

CAR. ¿Si? Pues es cosa hecha. Pero... ¿quién podrá darme noticias?

JUAN. Pregunta, indaga, busca... hazte amiga del portero.

CAR. Si es portera.

JUAN. Mejor que mejor: una portera vale por dos porteros. Por mi parte indagaré yo tambien... (Viendo el despacho.) ¡Ah! su despacho.

CAR. Yo voy á hacer hablar á la portera.

JUAN. Eso es; prométele una botella de aguardiente, y verás cómo raja por los codos. (Váse Carlota.)

ESCENA X.

JUANITO, despues D. MARCOS.

JUAN. (Abriendo un cajon de la mesa del despacho.) Veamos. (Pónese á buscar.) ¡Ah! esta es su letra: la reconozco. (Lee.) «*Documentos secretos*: receta para extirpar los callos... Se cortan...» No es esto. (Tomando otro papel.) «Receta para coser los botones.» ¡Ah!... «Cuando en una visita se tiene la desgracia de perder un boton del tirante, se pide con disimulo un alfiler...» No es esto .. ¡vaya un imbécil!... ¡Y se prefiere á este hombre! (Tomando un legajo voluminoso y leyendo.) «Notas para servir á la historia de mi vida...» (Abriendo á la casualidad.) «9 de enero: tomé un baño muy caliente.»

MAR. (Entrando) ¿El señor Espinazo, escribano?

JUAN. Soy yo...

MAR. (Bruscamente.) En fin, ¡gracias á Dios que se le vé á usted! ¡No es poca fortuna!

JUAN. ¿Qué tenia usted que mandar?

MAR. En tres palabras, hé aqui mi negocio...

JUAN. ¡Ah! ¿viene usted para negocios? Pues lo siento, señor mio: acabo de casarme, la escribania está cerrada, y hoy es dia de fiesta...

MAR. (Furioso.) ¿Y á mí qué me importa? ¡No hay fiesta para un marido engañado!

JUAN. ¡Ah! Usted es...

MAR. Si, señor.

JUAN. Me alegro en el alma. Hágame usted el gusto de sentarse.

MAR. ¡No, señor, no quiero sentarme!

JUAN. Entonces quédese usted de pié. (Se sienta á la mesa del despacho. Leyendo.) «Cuatro de marzo: tomé un baño muy frio.»

MAR. ¡Caballero, mi mujer es una infame! (Se sienta junto á Juanito.)

JUAN. ¡Durilla es la palabra!

MAR. (Furioso, levantándose.) ¡Eh! ¿La defiende usted? ¿Toma usted su partido?

JUAN. (Levantándose.) ¿Yo?... no, señor... ¿Qué me decia usted? ¿Que su mujer es una infame? Corriente: no riñamos por eso. (Se sienta.)

MAR. (Se sienta.) Ausente en Barcelona hace un mes...

JUAN. ¿Usted?

MAR. (Furioso.) ¡No señor! ¡Mi mujer! ¡No sea usted torpe!

JUAN. Bien, bien, no se sulfure usted. (Ap.) ¡Este hombre es es un puerco-espin!

MAR. Me quedé solo en Madrid. (Gritando.) ¡Solo! ¿Entiende usted?

JUAN. (Gritando.) Si, señor, si, entiendo.

MAR. Esta mañana me dá el capricho de abrir su armario, y detrás de una pila de sábanas tropiezan mis dedos con una cajita misteriosa... me apodero de ella, la abro, ¡y encuentro treinta y dos cartas de amor!...

JUAN. ¡Malo!...

MAR. Firmadas con el nombre de Inocencio... ¡un señor que la tutea! ¡que la llama mona!

JUAN. (Hojeando los papeles del despacho y distraido.) Puede que haya leido usted mal...

MAR. (Exasperado, levantándose.) ¡Eso es! ¡Yo no sé leer!

JUAN. (Levantándose.) ¡No quiero decir eso!

MAR. ¡Entonces, he mentido!

JUAN. (Impaciente.) Caballero...

MAR. ¡Es decir que soy un idiota, un bestia!... ¡Con que he leido mal! ¡Una letra que se me ha quedado impresa aqui! (Señala la cabeza.) Cada letra como una nuez... (Reparando en el legajo que tiene Juanito.) ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Qué veo!

JUAN. ¿Qué?

MAR. (Arrancándole el legajo.) Permítame usted... ¡Justo! ¡la misma!

JUAN. ¿Eh?

MAR. ¡La letra de Inocencio!

JUAN. ¡Inocencio! ¡Dice usted Inocencio! ¿Está usted seguro?
MAR. ¡Vaya si lo estoy! ¿Le conoce usted?
JUAN. ¡Ay, amigo mio! Si usted supiese... Esas cartas... necesito esas cartas... servirán de prueba...
MAR. Dentro de una hora las tendrá usted.
JUAN. ¡Una hora!... ¡Qué felicidad! ¡Qué placer!
MAR. (Ap.) ¿Qué le ha dado?
JUAN. No sabe usted el gusto que acaba de darme... (Estrechándole las manos.) ¿Quiere usted comer conmigo?
MAR. Gracias... ¡no tengo hambre! Lo que tengo es sed...
JUAN. ¿Quiere usted un vaso de vino?
MAR. ¡No! ¡Tengo sed de venganza! ¡Adónde está ese hombre! ¡Quiero aniquilarlo!
JUAN. ¡Inocencio! ¡Se llama Inocencio! ¡Mi predecesor! Mírele usted. Ese es su retrato.
MAR. (Lanzándose á él.) ¡Ese espantajo!
JUAN. (Ap.) ¡Si pudiese romperlo!... (Le dá una regla.) No se incomode usted, con esto.
MAR. ¡En fin, ya di contigo! (Amenazándole.) ¡Bribon, cobarde, seductor!
JUAN. ¡Mas alto! Allí está su mujer.
MAR. ¡Hola! ¡es casado!... ¡Pues bien, me alegro!... ¡Ya tengo mi venganza!... ¡Quiero devolverle el mal que me ha hecho!
JUAN. Si, no es mala idea... (De pronto.) ¡Ah! ¡no señor, no, me opongo á ello!
MAR. ¡Tiene usted razon, lo mataré!
JUAN. Eso es. (Ap.) Que lo busque.
MAR. ¡Venga papel, pluma, voy á escribirle, á provocarle! (Se sienta á escribir.)

ESCENA XI.

D. MARCOS, JUANITO, OLIMPIA.

OLIMP. (Entrando, á sí misma, con ternura.) ¡Vengo de contemplar su batal... que se iba apolillando... y le he echado pimienta... (Estornuda.)
JUAN. Jesus Maria.
OLIMP. (Volviendo en sí.) ¡Ah! ¿Es usted?
JUAN. Siento incomodar á usted, señora; pero ahí está un caballero que desea hablarla del virtuoso don Inocen-

cio...

OLIMP. (Vivamente.) ¡Un amigo de mi esposo!

JUAN. Intimo.

OLIMP. ¡Pronto! ¡que entre!

JUAN. (Señalando á D. Marcos, que se levanta.) La señora de Rioseco... de don Inocencio Rioseco.

OLIMP. (Saludando.) Caballero... (A Juanito.) Váyase usted.

JUAN. ¿Eh?

OLIMP. ¡Que se vaya usted!

JUAN. Ya. (Ap.) Se me figura que de esta vez lo descuelga. (Váse por el fondo)

ESCENA XII.

D. MARCOS, OLIMPIA, despues JUANITO, oculto.

OLIMP. Hable usted, caballero... Usted ha conocido á ese hombre de bien... ¿era su amigo?...

MAR. ¡Él!... ¡Señora, su marido de usted es un bribon!

OLIMP. ¡Inocencio!...

MAR. ¡La está engañando! ¡Tiene queridas!

OLIMP. ¡Nunca! ¡Usted le calumnia!

MAR. ¡Tengo treinta y dos cartas escritas de su puño y letra!... ¡dirigidas á mi mujer!...

OLIMP. ¡Adónde estan!

MAR. ¡En mi casa! ¡Voy á buscarlas!

OLIMP. (A sí misma.) ¡Es imposible!

MAR. Le digo á usted que si... que la tutea, que la llama mona!

OLIMP. (Con explosion.) ¡Como á mi! ¡El mismo nombre me daba! (Desmayándose.) ¡Ah! ¡No sé lo que siento!... Ese golpe... (Cae en un sillon.)

MAR. ¡Calla! ¡se pone mala!... ¡Señora!... ¡y qué guapa es!... Vuelvo á mi idea... ¿si yo me vengase?...

JUAN. (Entreabriendo la puerta y asomando la cabeza.) No oigo nada.

MAR. ¡A fé mia! ¡Voy á vengarme! (Coge una mano de Olimpia y la dá muchos besos)

JUAN. (Viéndolo al principio muy alegre, aparte.) ¡Bravo! ¡Bravo!... (De pronto.) ¡Ah! ¡Canario! ¿Qué es lo que hace? (Corriendo á él.) ¡Caballero! ¡Caballero! Le prohibo á usted...

MAR. ¡Métase usted en lo que le importe! (Quiere coger otra vez

la mano á Olimpia.)

JUAN. (Cogiéndole del pescuezo y empujándole hácia fuera.) ¡Pues me gusta! ¡Salga usted de esta casa!

MAR. Si, señor, pero será para volver, y pronto. (Váse impelido por Juanito.—El ruido de la puerta al cerrarse despierta á Olimpia.)

ESCENA XIII.

OLIMPIA, despues CARLOTA.

OLIMP. (Levantándose de pronto.) (Galopin! ¡Y yo que veneraba su memoria! ¡Yo que me condenaba á la desesperacion y á las lágrimas!... ¡Canalla! (Toca la campanilla.)

CAR. (Apareciendo.) ¿Señora?

OLIMP. (Señalando el retrato.) ¡Descuelga eso!

CAR. ¡Ah!

OLIMP. ¡Oh! ¡los hombres! ¡los hombres! (De pronto, y alegremente.) ¡Bah! ¡me voy á quitar el luto. (Váse por la izquierda.)

ESCENA XIV.

CARLOTA, despues JUANITO.

CAR. (Sola.) ¡Vaya una revolucion! Descolgar al primero .. Cuando yo decia que no se quedaria mucho tiempo aquí... Esto debe ser cosa del otro, que le habrá probado á la señora que vale mas que un marido pintado!... (Subiendo en una silla.) Vamos á descolgar al señor.

JUAN. (Entrando.) Al fin le puse á la puerta. (Viendo á Cárlota) Carlota, ¿qué haces ahí?

CAR. Ya lo vé usted... descolgando á su antecesor.

JUAN. ¡Cómo! ¡te atreves!...

CAR. La señora lo ha mandado.

JUAN. ¡La señora!... Poco á poco. (La hace bajar de la silla, y se sube en su lugar.) Eso me toca á mí. No me prives de ese placer.

CAR. Es justo.

JUAN. (Procurando descolgar el cuadro.) ¡Demonio! ¡Qué agarrado está! ¿Si se habrá clavado?

CAR. Capaz era de ello.

JUAN. ¡Ah! ¡Ya salió! (Bajando, y muy alegre.) ¡Se tomó la plaza por asalto, y al fin sucumbió el enemigo! (Se pasea con el retrato debajo del brazo, imitando el sonido de la trompeta.) Trá ta ta ra rá! trá ta ra rá ta tá... (Pone el retrato en la mesa del despacho.)

CAR. ¿Señor, se ha vuelto usted loco?

JUAN. ¡Si, Carlota, porque en esta victoria entreveo todo un horizonte de amor!... ¡Deja que te abrace!

CAR. Pero... ¡señor!

JUAN. ¡No hagas caso!... (Quiere abrazarla.)

ESCENA XV.

Los mismos, TORIBIO con un periódico en la mano.

TOR. (Viendo á Juanito abrazar á Carlota.) ¡Demoniu! ¡Qué es lo que miru!

JUAN. ¡Ah! ¿eres tú? Ven acá.

TOR. Perdone usted, señor, tenju que llevarle el periódicu á mi amo.—No hemos queridu despedir la suscricion.

JUAN. El que te vá á despedir á tí ahora mismo soy yo, ¡gandul!

CAR. ¡Bueno!

TOR. (Plantándose y con orgullo.) ¡El señor ulvida que yo estoy al servicio de don Inucenciu!

JUAN. Aqui no hay Inocencio que valga. (Á Carlota dándole el cuardro.) Carlota, llévate eso á la bohardilla.

TOR. ¡Su retrato á la bohardilla! ¡Profanacion!

JUAN. Si, y tú recoge tus trastos, ¡y vete con viento fresco! (Váse Carlota por el fondo, y Toribio por la derecha.)

ESCENA XVI.

JUANITO, OLIMPIA.

JUAN. Pues señor, lo que es esta vez, se me figura que he conquistado su plaza.

OLIMP. (Sale vestida con un traje color de rosa, y procurando contener la risa.) No sé lo que tengo, pero hace un cuarto de hora que no puedo tener la risa.—Vamos, estos son los nervios.

JUAN. ¡Hola! ¿Ha variado usted de traje?

OLIMP. Si... (Riendo.) ¡Já, já, já! Sentémonos.
JUAN. Con mucho gusto, señora.
OLIMP. No me llame usted señora. Llámeme usted Olimpia.
JUAN. ¡Ah!
OLIMP. Si, Olimpia... (Rie.) ó mas bien, su esposa... porque en fin, nosotros nos hemos casado. (Se sienta.)
JUAN. Creo que si... (Se sienta un poco lejos.)
OLIMP. Mas cerca... nos hemos casado... ¡y apenas nos conocemos!
JUAN. Lo cierto es, señora, que nos conocemos... muy superficialmente..,
OLIMP. (Despues de una pausa.) ¿Juanito, es usted sentimental?...
JUAN. ¿Si soy sentimental?... Pues si ese es mi sueño dorado... el sueño de toda mi vida... si yo pasaria mi existencia paseándome contínuamente al rededor de un lago azul... con mi mujer... y mis hijos... ¡si los tengo!... que no lo veo fácil.
OLIMP. ¿De veras?... ¡Oh! tú no me engañarás, ¿es verdad?
JUAN. ¡Yo te lo juro! (Ap.) Parece que ya nos tuteamos.
OLIMP. Te advierto que soy una mujer singular ..
JUAN. ¿Si? pues me alegro, porque lo que á mí me apuraba era el plural!
OLIMP. ¡Cuando amo... es con pasion... con furor!
JUAN. ¿Si, eh? Pues yo lo mismo... ¡seamos furiosos! ¡Eso, furiosos!
OLIMP. Ahora que me acuerdo, Juanito, hace una hora que estamos hablando... y todavia no me has abrazado... ¡á mí! ¡á tu mujer! .
JUAN. ¡Calla, es verdad! (La abraza.)
OLIMP. ¡Otra vez!
JUAN. Vaya otra... y otras. (Despues de abrazarla muchas veces.) ¡Ajajá! (Vuelve á sentarse alejando un poco la silla.)
OLIMP. Me darás tu retrato... quiero verte pensativo.
JUAN. Si, al pastel.
OLIMP. Justo, y yo te colgaré allí.. (Señalando el sitio donde estaba el retrato.)
JUAN. Cabal. (Ap.) Parece que ese es el clavo de los maridos.
OLIMP. No me dices nada... abrázame.
JUAN. (Levantándose. Ap.) ¡Y dále!—Allá voy. (La abraza. Se vuelve á sentar, alejando un poco la silla.)
OLIMP. ¿Me amarás siempre, no es cierto?
JUAN. Siempre.

OLIMP. ¡Yo quiero consagrarme á tu dicha!... ¡Abrázame!

JUAN. (Ap.) ¡Otra vez! ¡Esta mujer no me deja respirar! (La abraza muchas veces.) Ya tienes una buena provision. (Aleja su silla, y vuelve á sentarse.)

OLIMP. Ahora, háblame... ¡dime que me amas!

JUAN. ¡Vaya! ¡ya lo creo!

OLIMP. ¡Pero no me lo has dicho!

JUAN. Si, mujer.

OLIMP. ¡Quiero que me lo digas!

JUAN. ¡Pues bien, ya te lo digo!

OLIMP. ¡No, no me lo dices!

JUAN. ¡Si, hija mia, yo te amo!

OLIMP. ¡Entonces abrázame!

JUAN. (Ap.) ¡Canario! ¡Qué mujer es esta! (La abraza. Ap.) Pues señor, dígole á usted que si esto dura mucho, ya me ha caido que hacer. (Lleva la silla al otro extremo de la escena.)

OLIMP. (Levantándose.) ¿Me dejas? ¿Adónde vas?

JUAN. Á ponerme una levita. Tengo que ir á un recado. (Ap.) Con eso descansaré.

OLIMP. ¿Volverás pronto? Aqui te espero... quiero que me abraces antes de salir.

JUAN. Si, mujer,

OLIMP. Y cuando vuelvas.

JUAN. ¡Justo! y en la escalera... y en la puerta de la calle... (Ap.) ¿Pero señor, qué mujer es esta? (Alto.) Adios, hija mia. (Váse.)

ESCENA XVII.

OLIMPIA, despues TORIBIO.

OLIMP. ¿Qué tendrá? Se me figura algo tímido... ¡Bah! ya lo haré yo á mis mañas.

TOR. (Entrando con un paquete de ropa en un pañuelo.) Señora, vengu á despedirme de su merced... puesto que se ha descoljadu á mi amu...

OLIMP. Tu amo era un bribon.

TOR. ¡El señor don Inucenciu un bribon! ¡Jesus me valga!

OLIMP. Si, y tú su confidénte... su compinche tal vez... ¡véte de mi casa!

TOR. ¡Gracias! Ya lu he hecho... Peru antes de irme... debu

prevenir á la señora...

OLIMP. ¿Qué? ¿de qué quieres prevenirme?

TOR. Que la señora desconfie de su segundo conjuntu...

OLIMP. ¿Desconfiar? ¿Qué quieres decir?

TOR. Helu sorprendidu ha poco abrazando á Carlota.

OLIMP. ¡Él! ¡á mi criada! ¡Es imposible! ¡Véte de aqui, bribon!

TOR. (Con mucha calma.) Helu vistu... con estos mesmus ojos que Dios me ha dado.

OLIMP. ¡El primer dia de su casamiento! ¡Ah! ¡por eso no me abrazaba! ¡Por eso lo encontré frio! (Trágicamente y declamando.)

¡Un volcan siento en el pecho
que me abrasa el corazon!

(De pronto y variando de tono.) No te vayas, vuelvo á tomarte.

TOR. (Dejando el paquete en una silla.) ¡Mándeme su merced!

OLIMP. Desde ahora quedas al servicio de mi marido.

TOR. ¡Señora!

OLIMP. Me darás cuenta de sus palabras, de sus acciones, de sus gestos, en fin, de todo... es una plaza de confianza.

TOR. ¡Mas me gustaba la otra! (Aparece Juan.)

OLIMP. Ahi está. (Á Toribio.) Déjanos. (Váse Toribio.)

ESCENA XVIII.

OLIMPIA, JUANITO, despues TORIBIO.

JUAN. ¡Hola! ¿estás ahí? ¿Me esperabas?

OLIMP. ¡Si!

JUAN. (Yendo á abrazarla.) ¡Hija mia!...

OLIMP. (Deteniéndolo el brazo.) ¡No!

JUAN. ¿Eh?

OLIMP. ¿Adónde vá usted?

JUAN. Á casa de mi sastre.

OLIMP. ¡Ese es un pretexto! ¡Usted no saldrá!

JUAN. Pero mujer, si necesito un pantalon...

OLIMP. (Quitándole el sombrero, y tirándole al suelo.) ¡Le digo á usted que no saldrá!

JUAN. ¡Hija mia, ten cuidado, que es el número uno! (Ap.) ¡Calla! ¿qué tendrá?

OLIMP. Si necesita usted al sastre, escríbale usted.

JUAN. Es que... tambien queria tomar un baño.

OLIMP. ¿Hola? ¿quiere usted un baño?—Muy bien. (Llama á la derecha.)

TOR. (Apareciendo.) Señora...

OLIMP. Avisa que traigan un baño. (Váse Toribio: á Juan.) Lo tomará usted aqui.

JUAN. Es que... de camino habia pensado ir á casa de mi barbero...

OLIMP. ¿El barbero?—Muy bien. (Vuelve á llamar.)

TOR. (Apareciendo.) Señora...

OLIMP. Avisa al barbero. (Váse Toribio.)

JUAN. Señora, para lo que falta, áteme usted con una cadena.

OLIMP. ¿Si, eh? ¡Pues sepa usted que no le dejaré un momento libre, que le vigilaré... que le espiaré!

JUAN. Pero mujer...

OLIMP. ¡Calle usted la boca! Respóndame usted, ¿desde que nos hemos casado me ha sido usted fiel?

JUAN. ¡Qué tontuna! Hace cincuenta y cinco minutos que estamos casados... (Ap.) ¡Ahora tiene celos!

OLIMP. Júrelo usted.

JUAN. (Levantando la mano.) ¡Lo juro!...

OLIMP. (Estallando.) ¡Eso es una infamia! ¡Una villania!

JUAN. Pero señor, ¿qué es lo que tiene?

OLIMP. ¡No me admira!—¡Inocencio tambien me abrazaba! ¡Inocencio me lo juraba tambien!... ¡y me daba los nombres mas tiernos... los mas insensatos... me llamaba mona!

JUAN. ¡Era un hipócrita!

OLIMP. ¡Yo no creia que un marido pudiese engañar á su mujer!... ¡yo era sencilla y cándida!... ¡no comprendia los celos! (Variando de tono.) Usted me ha abierto los ojos.

JUAN. (Ap.) ¡Canario! ¿Qué habré yo hecho?

OLIMP. ¡Ahora ya no creo en nada, ni en él, ni en usted, ni en nadie!

JUAN. (Ap.) ¡Cuando digo que esta mujer me vá á volver loco!

OLIMP. ¡Asi, empezando desde hoy, no le pierdo á usted de vista! le vigilaré... le seguiré... le... ¿Cuánto dinero tiene usted?

JUAN. (Sacando un napoleon.) Hija mia, este napoleon es todo mi caudal... (Se lo dá.)

OLIMP. (Tomándole.) Venga.—Ahí tiene usted una peseta. (Se la dá.) Todos los domingos le daré otro tanto.

JUAN. (Incomodándose.) ¿Pero señora... usted cree que soy al-

gun chico?...

OLIMP. ¡En cuanto á la llave del dinero, la tengo, y me quedo con ella!

JUAN. Permítame usted... (Dá un paso hácia ella.)

OLIMP. (Amenazándole.) ¡No me toque usted!

JUAN. (Ap.) ¿Á que me pega todavia?

ESCENA XIX.

LOS MISMOS, CARLOTA.

CAR. Ahí está una señora que pregunta por usted (Á Juan.)

OLIMP. (Muy celosa.) ¿Una señora? ¿Quién es esa señora? ¡Vamos, hable usted!

JUAN. ¿Cómo quieres que yo sepa?

OLIMP. ¿Duda usted?

JUAN. ¡Yo! Voy á verla.

OLIMP. ¡Quieto ahí! ¡Yo recibiré á esa señora!

JUAN. Vé, mujer, vé... nada temo.

OLIMP. (Que ha subido. Ap.) Se van á quedar juntos... (Alto.) ¡Carlota!

CAR. Señora...

OLIMP. ¡Vé delante! (La hace pasar delante y vánse.)

ESCENA XX.

JUANITO, despues CARLOTA.

JUAN. ¡Pues señor, esto no es vivir!... ¡Si me descuido me vá á dar azotes!... Se me figura que he hecho mal en descolgar á mi antecesor... Eso no es mujer... es una fiera... es una caldera de vapor... Don Inocencio era su válvula de seguridad, y yo la he roto... Decididamente he hecho mal en descolgarlo...

CAR. (Entrando vivamente.) Señor... señor...

JUAN. ¿Qué hay?

CAR. ¿Usted no sabe?... ¡qué escena!... ¡en el gabinete!

JUAN. ¿Pero qué ha pasado?... esa señora...

CAR. ¡Era doña Luisa!...

JUAN. ¡Doña Luisa! ¡Mi mejor cliente!

CAR. ¡La señora la ha puesto como un trapo!

JUAN. ¡Misericordia! Voy corriendo...

ESCENA XXI.

LOS MISMOS, OLIMPIA.

OLIMP. (Apareciendo. Ap.) ¡Otra vez juntos! (Alto á Juan) ¿Qué le decia usted á esta?
JUAN. ¿Yo? nada...
OLIMP. (Á Carlota.) ¡Vete! (Váse Olimpia.)
JUAN. Ahora vá usted á explicarme su conducta con esa señora...
OLIMP. ¿Esa señora, eh? La he cogido del brazo, y la he puesto á la puerta.
JUAN. ¡Bien hecho!
OLIMP. De hoy en adelante yo recibiré á todas sus clientes.
JUAN. ¡Ah! ¡usted llama á eso recibir las clientes!
OLIMP. Si yo hubiera hecho lo mismo con mi difunto, no me pasaria lo que me pasa.
JUAN. (Ap.) Y dále con el difunto. Ya veo que es preciso volver á colgar á ese animal. (Alto.) Sosiégate, hija mia, yo he calumniado al bueno, al sensible, al estimable, al honrado don Inocencio.
OLIMP. No es posible... ¡Ahora mismo van á traerme treinta y dos cartas que prueban su infidelidad!
JUAN. ¡Y tú lo has creido! ¡Y no has adivinado que es un portero á quien he prometido tres pesetas para que desempeñe ese innoble papel!
OLIMP. ¡De veras!

ESCENA XXII.

LOS MISMOS, D. MARCOS.

MAR. (Entrando.) ¡Aqui estoy ya!
JUAN. (Ap.) ¡Malo!
OLIMP. (Ap.) ¡El portero!
MAR. (Sacando del bolsillo un paquete de cartas.) ¡Ahí tiene usted las cartas!
JUAN. (Ap.) ¡Adios mi dinero! (Alto.) Está bien, la señora lo sabe todo.
OLIMP. Si. (Á Juan.) Dále las tres pesetas, y que se vuelva á su porteria.

MAR. ¡Qué porteria!

JUAN. (Dándole una.) Tome usted, ahí tiene usted una, no tengo mas.

MAR. ¡Señor mio, no necesito su dinero... soy mas rico que usted... tengo tres casas!...

OLIMP. ¡Tres casas!

MAR. ¡Si usted no quiere encargarse de mi pleito, buscaré otro!

JUAN. Eso es, busque usted otro.

OLIMP Un momento. (Quitándole las cartas á D. Marcos.) ¡Déme usted esas cartas!

JUAN. ¡Me perdí!

OLIMP. ¡Ah! ¡Dios mio!

JUAN. / **MAR.** ¿Qué?

OLIMP. ¡Estas palabras... estas frases... las reconozco!

JUAN. / **MAR.** ¿Qué?

OLIMP. Estas cartas .. son las que mi marido me escribió, y que yo confié á una amiga mia... á Hortensia...

MAR. ¡Mi mujer!

OLIMP. ¡Yo soy tan nerviosa, que se me habia prohibido leerlas... (Besando las cartas.) mi difunto era inocente! ¡era inocente!

TODOS. ¡Inocente!

MAR. ¡Diablo! y yo que habia escrito á mi mujer... Corro á reparar mi falta... Caballero... señora... (Váse corriendo.)

JUAN. (Ap.) Pues señor, esta es mas negra. (Alto.) En cuanto al retrato... tranquilízate... volveremos á ponerle en su sitio.

OLIMP. ¿De veras?

JUAN. ¿Cómo no? A ver... (Llamando.) ¡El retrato! ¡el retrato! (A Olimpia.) ¡Le volveremos á colgar, y para siempre!

ESCENA XXIII.

DICHOS, TORIBIO.

TOR. (Entrando con el retrato y muy contento.) ¡Aquí está!

JUAN. ¡Qué fisonomia tan noble! ¡Qué virtud respiran todas sus facciones!

TOR. ¡Y le acusaban! (Juanito le dá un puntapié.)

OLIMP. ¡Vamos, voy á volver á leer sus cartas! (*A Juan*) ¡Buenas noches!

JUAN. ¿Cómo buenas noches? ¡Permítame usted que la acompañe!

OLIMP. ¡Imposible!... Lo siento... ya sabe usted que he hecho un juramento...

JUAN. (*Ap*) Pues señor, vuelta á empezar. (*Alto.*) No hablaremos absolutamente de otra cosa que de don Inocencio.

OLIMP. ¿Lo jura usted?

JUAN. ¡Lo juro!

OLIMP. Vamos.

TOR. Señora, ¿preparu el vaso de ajua azucarada?...

OLIMP. ¡Si, como siempre!

JUAN. ¡Solamente, que yo me lo beberé!

TOR. Si yo no lu bebo antes.

JUAN. (*Dirigiéndose al público*)

Mientras de mi dulce esposa
consigo con diplomacia
que amante, fiel, cariñosa
haga mi vida dichosa,
otórgame tú una gracia.

OLIMP. ¿Cuál?

JUAN. ¿No has adivinado?
Si la comedia ha agradado,
si al público ha distraido,
para tí un aplauso pido...

TOR. (*Adelantándose al proscenio.*)
Y otru á mí, que lu he janado.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 27 de noviembre de 1858.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

